

LA CONFIABILIDAD DEL
TESTIMONIO DE APÓSTATAS
SOBRE NUEVOS
MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

Profesor Lonnie D. Kliever

Departamento de Estudios Religiosos
Universidad Metodista del Sur
Dallas, Texas, EE. UU.



FREEDOM PUBLISHING

LA CONFIABILIDAD DEL
TESTIMONIO DE APÓSTATAS
SOBRE NUEVOS
MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

Profesor Lonnie D. Kliever

Departamento de Estudios Religiosos
Universidad Metodista del Sur
Dallas, Texas, EE. UU.



FREEDOM PUBLISHING

6331 HOLLYWOOD BOULEVARD, SUITE 1200
LOS ANGELES, CALIFORNIA 90028-6329, USA
TEL.: 001-213-960 3500
FAX: 001-213-960 3508/09

ÍNDICE

I.	TRAYECTORIA PROFESIONAL	PÁGINA 1
II.	LA TAREA.	PÁGINA 2
III.	LA APOSTASÍA EN EL PASADO	PÁGINA 3
	III. I. LA APOSTASÍA EN EL JUDAÍSMO HELENÍSTICO	PÁGINA 3
	III. II. LA APOSTASÍA EN LAS RELIGIONES PAGANAS	PÁGINA 3
	III. III. LA APOSTASÍA EN LA IGLESIA CRISTIANA	PÁGINA 4
IV.	LA APOSTASÍA EN EL PRESENTE	PÁGINA 5
	IV. I. TIPOS DE RETIRADAS	PÁGINA 5
	IV. II. TÁCTICAS DE REINGRESO	PÁGINA 7
IV.	CONCLUSIONES	PÁGINA 7

LA CONFIABILIDAD DEL TESTIMONIO DE APÓSTATAS SOBRE NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

PROFESOR LONNIE D. KLIEVER.

DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS
UNIVERSIDAD METODISTA DEL SUR
DALLAS, TEXAS, EE. UU.

I. TRAYECTORIA PROFESIONAL

Recibí mi título de Bachelor of Arts *magna cum laude* en psicología de la Universidad de Hardin-Simmons en 1955. Terminé la Maestría en Teología *cum laude* en el Union Theological Seminary de Nueva York en 1959. Recibí el título de Doctor de Filosofía en Religión y Filosofía de la Universidad de Duke en 1963.

Anteriormente, fui miembro de la facultad a tiempo completo en el Departamento de Filosofía en la Universidad de Texas en El Paso desde 1962-65, llegando a ser nombrado Profesor Adjunto en el Departamento de Religión de la Universidad de Trinity en San Antonio desde 1965-69, en el departamento de Estudios Religiosos en la Universidad de Windsor en Ontario, Canadá, desde 1969-75, alcanzando el grado de Profesor. Desde 1973, he sido Profesor de Estudios Religiosos en la Universidad Metodista del Sur, fungiendo como Presidente del Departamento de Estudios Religiosos desde 1975 hasta 1986, y desde 1993 hasta el presente.

Desde hace mucho tiempo, he sido miembro activo de la Asociación Americana de Profesores Universitarios, la Academia Americana de Religión, la Sociedad para el Estudio Científico de la Religión, la Sociedad Teológica Americana, la Sociedad Canadiense para el Estudio de la Religión, la Sociedad Teológica Canadiense, el Consejo para el Estudio de la Religión, y he ocupado cargos nacionales, he presidido comités profesionales y he prestado servicio en la junta de redacción en la mayoría de estas sociedades profesionales.

Soy filósofo de religión y cultura con competencia especial en las religiones de la época moderna. Como tal, me interesan más que nada las formas cambiantes de las creencias y prácticas religiosas, tanto en los movimientos tradicionales como en los nuevos, al responder estas religiones antiguas y nuevas a los retos y cambios de la vida moderna. Por lo regular, enseñé una variedad de cursos a niveles de grado y postgrado en el estudio comparativo, filosófico y científico social de la religión en la Universidad Metodista del Sur. También llevo a cabo un programa constante de investigación y publicación erudita en mi área de especialización, y he publicado cinco libros sobre el pensamiento religioso moderno titulados *El cristianismo radical* (1968), H. Richard

Niebuhr (1977), *El espectro hecho añicos* (1981), *Los terribles humildes: ensayos sobre la religión y revolución* (1987), y *El Caso de Dax: ensayos en ética médica y el significado humano* (1989), al igual que numerosos artículos en tales publicaciones eruditas como *La revista teológica de Harvard*, *El boletín de la religión*, *El boletín de la academia americana de la religión*, *Estudios sobre religión*, *La religión en la vida*, *La revista de estudios religiosos*, y *El boletín para el estudio científico de la religión*.

Como especialista en religiones modernas, he llevado a cabo extensos estudios eruditos sobre la Iglesia de Cienciología. He leído la mayor parte de los principales libros teóricos escritos y publicados por L. Ronald Hubbard, he estudiado muchos de los boletines técnicos y administrativos preparados por el señor Hubbard y por los funcionarios administrativos y eclesiásticos de la Iglesia, y he examinado ejemplos representativos de los manuales de entrenamiento usados por maestros y estudiantes en los diversos cursos ofrecidos por la Iglesia. También he leído una variedad de estudios periodísticos y eruditos de la Iglesia de Cienciología. Además, he hablado con científicos que practican la religión, y he visitado su Iglesia en la Calle Nº 46 y el Centro de Celebridades en la Calle Nº 82 en la Ciudad de Nueva York, su Organización de Servicio de Flag en Clearwater, Florida y su Centro de Celebridades en Dallas.

II. LA TAREA

La Iglesia de Cienciología me ha pedido que emita mi opinión experta sobre dos temas amplios: (1) La incidencia de la apostasía en nuevos movimientos religiosos y (2) la confiabilidad de los relatos de los apóstatas sobre sus antiguas creencias y prácticas religiosas. Estos dos temas son de vital importancia para entender debidamente a los nuevos movimientos religiosos, ya que a tales apóstatas a menudo se les considera como informantes confiables acerca de sus antiguas creencias y prácticas en revelaciones a los medios de comunicación, e incluso en estudios eruditos sobre los movimientos religiosos no tradicionales. Es más, un número limitado de apóstatas han entablado reclamos por daños y perjuicios, acusando en diversas formas a sus antiguas comunidades religiosas de prácticas engañosas y dolosas o sufrimiento físico y emocional. Por otra parte, estos litigantes individuales a menudo han servido como testigos expertos en otros procesos entablados contra las nuevas religiones, bien por agencias gubernamentales o por disidentes hostiles.

La atención especial dada por los medios de comunicación a los apóstatas de nuevos movimientos religiosos y su recurso a los tribunales debido a daños y perjuicios supuestamente sufridos a manos de su antiguo grupo religioso implican un cambio profundo en la actitud pública en este siglo hacia los apóstatas y el trato de los mismos. En el pasado, a los apóstatas se les condenaba rotundamente por abandonar su religión por otra. De hecho, la acción punitiva tomada en contra del apóstata por el grupo religioso rechazado a menudo era reforzada por el poder del estado. Por contraste, en años recientes, es más probable que el apóstata tome acción punitiva contra el grupo religioso, a veces con el apoyo de la ley. A los apóstatas de nuevos movimientos religiosos a menudo se les considera víctimas en vez de traidores en virtud de los relatos fuertemente negativos que dan acerca de su pasado religioso. Pero queda sin contestar la pregunta de si estos relatos de apóstatas son informes confiables sobre sus asociaciones y actividades religiosas en el pasado.

El interés especial de la Iglesia de Cienciología en el asunto de la confiabilidad de los apóstatas se basa en el hecho de que ha sido blanco de "revelaciones" de los apóstatas en los medios de comunicación y litigios civiles. Como preámbulo a la discusión detallada que sigue, estoy convencido, por motivo de mi propio entrenamiento profesional y de la investigación erudita, que el apóstata no debe ser aceptado ciegamente por los medios de comunicación, la

comunidad de eruditos, el sistema legal o las agencias de gobierno como una fuente confiable de información sobre los nuevos movimientos religiosos. Al apóstata siempre se le debe considerar como un individuo predispuesto a dar un relato parcial sobre las creencias y prácticas de sus viejas asociaciones y actividades religiosas.

III. LA APOSTASÍA EN EL PASADO

La palabra “apostasía” es una transliteración de la palabra griega *apostasia*, que originalmente significaba insurrección o secesión. Su uso religioso significa el abandono intencional de la religión de uno. La apostasía está relacionada muy de cerca a la herejía, en donde el rechazo de creencias y prácticas ortodoxas por las heterodoxas dentro de una determinada religión es considerado como una negación categórica de la verdadera religión. En sí, la apostasía debe ser interpretada como un evento público en vez de privado. La apostasía no es cuestión de dudas religiosas privadas vencidas. La apostasía es una renuncia y condena pública de las antiguas creencias y prácticas religiosas de uno. El apóstata a menudo abandona una religión por otra, pero posiblemente abandona a la religión en general.

III. I. LA APOSTASÍA EN EL JUDAÍSMO HELENÍSTICO

La Biblia hebrea condena fuertemente a la apostasía nacional de los antiguos israelíes, quienes una y otra vez volvieron a revertir a la religión y cultura politeísta de la cual habían surgido. Pero los primeros actos de apostasía individual ocurrieron durante el reino de Antíoco Epífanes (alrededor de 175-164 a. de J.C.), cuando este emperador pagano obligó a muchos judíos a que renunciaran su culto a Dios a favor de los dioses griegos. Una pasión por la cultura helenística ocasionó una usurpación significativa en la religión y cultura religiosa hasta la Resistencia Macabea, la cual logró restaurar la Ley Judía y el nacionalismo judío. La apostasía esporádica continuó, pero tal abandono de la Ley Judía fue condenada severamente dentro de la comunidad judía.

Bajo el dominio romano posterior, a los judíos se les permitió practicar su religión libremente bajo el gobierno político nominal de una tetrarquía judía. Los movimientos sectarios prosperaron durante esta época, siendo el más fuerte el movimiento cristiano, que finalmente se separó totalmente del judaísmo. Los sectarios y los cristianos fueron condenados como apóstatas. Es más, tal apostasía fue condenada tanto en el sentido político como religioso, ya que la religión y la ciudadanía estaban fusionadas entre los judíos. La apostasía era considerada como un crimen contra el estado, al igual que un pecado contra Dios. Al apóstata se le negaba tanto la salvación como la ciudadanía.

III.. LA APOSTASÍA EN LAS RELIGIONES PAGANAS

En general, la idea del exclusivismo era contraria a las religiones griegas y romanas, en vista de su naturaleza politeísta. Los cultos paganos no expulsaban a miembros que seguían tradiciones religiosas o círculos filosóficos rivales. Pero a menudo los dioses de las religiones paganas eran reconocidos oficialmente por las autoridades cívicas y eran identificados con el bienestar del estado. En tales casos, el abandono de religiones aprobadas políticamente era el objeto de crítica pública e incluso de persecución auspiciada por el estado. En el Oriente Griego, a los cristianos se les acusó de ateísmo, ya que rechazaban a los dioses del pueblo. En el Oriente Latino, a los cristianos se les acusó de abandonar la religión de sus antepasados. Por

cualquiera de estas acusaciones, los primeros cristianos que rehusaban presentar sus respetos a los dioses cívicos eran condenados y a menudo perseguidos por insurrección contra el estado. En cuentas resumidas, la apostasía se convirtió en un problema para la sociedad pagana sólo cuando las costumbres ancestrales o los dioses cívicos de ésta eran rechazados.

III. III. LA APOSTASÍA EN LA IGLESIA CRISTIANA

Muchos de los primeros conversos judíos y paganos al cristianismo seguían observando la ley ritual judía o participaban en festivales religiosos paganos. Al principio, la persistencia de las viejas costumbres religiosas no era considerada como apostasía. La apostasía sólo se convirtió en un tema bien definido cuando la iglesia se había separado de las formas judías y gnósticas del cristianismo. Ya en el Nuevo Testamento, la apostasía se asocia con los maestros y profetas falsos, cuya aparición indicará el fin apocalíptico de la época. En los primeros siglos, la apostasía era más que nada un problema interno, al separarse el cristianismo de los movimientos heréticos y cismáticos. Pero con la conversión de Constantino, la apostasía se convirtió en una ofensa civil punible por la ley. Así comenzaron mil años de colaboración mutua entre la Iglesia y el Estado. El Estado usaba el poder de la espada para proteger a la Iglesia contra la apostasía, y la Iglesia usaba el poder de la escritura para proteger al Estado contra la insurrección. A los apóstatas se les privó de sus derechos, tanto civiles como religiosos. El abierto abandono del cristianismo era raro cuando la unión entre la Iglesia y el Estado era firme, pero hasta los movimientos apóstatas secretos eran activamente suprimidos. La tortura era usada libremente para extraer confesiones y propiciar retractaciones. Los apóstatas y los cismáticos fueron excomulgados de la Iglesia y perseguidos por el Estado.

La apostasía a gran escala también ocurrió en la historia cristiana. El llamado “Gran Cisma” entre la ortodoxia oriental y el catolicismo occidental en el siglo VIII representó la primera gran división dentro del cristianismo, dando como resultado una excomunión mutua. La reforma protestante en el siglo XVI dividió aún más a los cristianos. Cada grupo sectario alegaba que había recuperado la fe y práctica auténtica de la Iglesia del Nuevo Testamento, relegando de esa forma a las versiones rivales del cristianismo a la condición de apostasía. Es más, las iglesias protestantes que disfrutaban de monopolio territorial utilizaban las armas de la excomunión decretada religiosamente y la persecución auspiciada políticamente contra pretendientes rivales al cristianismo auténtico. Esta activa supresión política de la apostasía llegó a su fin sólo con el fin de las guerras religiosas y la adopción de edictos de tolerancia. Todavía se imponían sanciones religiosas formales e informales, desde la excomunión y el desheredamiento, hasta la censura y el ostracismo.

Como se evidencia en este breve resumen, la condena de los apóstatas ha servido como una “estrategia de legitimación” para todas las religiones en el pasado con pretensiones exclusivistas a ser la única religión que poseía las debidas creencias y prácticas religiosas. En los entornos nacionales y territoriales en donde estaban fusionadas las lealtades políticas y religiosas, se imponían sanciones legales y religiosas en contra de la apostasía. El apóstata era privado de la ciudadanía, al igual que de la salvación. En sí, al apóstata se le consideraba como difusor de mentiras e inmoralidad que amenazaban la pureza de la comunidad religiosa y la estabilidad del orden político.

La apostasía se convirtió cada vez en menor problema en el mundo moderno, a medida que las tradiciones religiosas suavizaron sus afirmaciones dogmáticas y las sociedades seculares se separaron del respaldo religioso. La aceptación del pluralismo religioso y la privatización de la fe religiosa en este siglo liberó en gran medida a aquellos individuos que cambiaban su religión del oprobio legal y religioso del apóstata. Claro está, la iglesia católica romana todavía retiene

el arma de la excomunión, los fundamentalistas protestantes denuncian los peligros de la herejía, y de vez en cuando las familias devotas repudian a los hijos que se casan con los de otras religiones o que se convierten a otra religión. Pero estas sanciones no conllevan el peso público o privado de antes. Se trata de gestiones rituales de dogmáticos religiosos que han perdido su autoridad incuestionable en culturales pluralistas y secularistas.

IV. LA APOSTASÍA EN EL PRESENTE

En los últimos treinta años, la apostasía ha cobrado relevancia nuevamente en círculos tanto públicos como privados, aunque, se señaló anteriormente, el trato que se le da al apóstata hoy en día guarda muy poca semejanza a la forma en que se trataba a los apóstatas en el pasado. Desde la década de 1960, una variedad de nuevos movimientos religiosos han aparecido en todas las sociedades modernas y democráticas. Muchos de estos movimientos religiosos minoritarios le hacen exigencias “totalizadoras” a sus miembros, exigiendo un compromiso absoluto a sus enseñanzas religiosas y devoción total a su comunidad religiosa. Otras nuevas religiones no requieren la inmersión total de todos los miembros en su vida y misión comunal, pero todavía exigen una adherencia estricta a las normas doctrinales, éticas y rituales. Ciertamente, no toda las religiones tienen creencias y prácticas que están en desacuerdo con las religiones de corriente principal. Dadas estas exigencias rigurosas, no es de sorprender que algunos de los que ingresan deciden en poco tiempo que un movimiento religioso en particular no les conviene y lo dejan. Su retirada casi siempre no se nota, pues la mayoría de los individuos en cuestión ven positivamente su experiencia pasada como otro paso en su propia jornada espiritual. Pero a diferencia de éstos, entre los que se retiran voluntariamente, se encuentran algunos desertores que logran gran notoriedad atacando públicamente a sus antiguas asociaciones y actividades religiosas en la prensa y en los tribunales. Como fuentes de información bien acogidas por un público que siente tanto curiosidad como temor hacia estas nuevas religiones desconocidas, a estos apóstatas a menudo se les trata como causas célebres en vez de parias. Pero, como veremos más adelante, ni el antiguo miembro que agradece silenciosamente ni el apóstata que expresa sus agravios públicamente puede ser considerado como un intérprete objetivo y experto del movimiento religioso al cual pertenecía anteriormente.

IV. I. TIPOS DE RETIRADAS

Existe entre el público en general un concepto erróneo y generalizado de que pocas retiradas de los nuevos movimientos religiosos son experiencias voluntarias y positivas. La imagen de las nuevas religiones como grupos altamente regimentados que controlan los pensamientos y las acciones de sus miembros por medio de una variedad de técnicas de “control de la mente” está bien arraigada en la imaginación del público, gracias a la obsesión de los medios de comunicación con los cuentos de horror de antiguos miembros y a la propaganda de los grupos anticulto. Incluso muchas de las primeras descripciones de los nuevos movimientos religiosos perpetuaban este concepto equivocado al basar sus estudios casi totalmente en los apóstatas que fueron separados de sus asociaciones religiosas anteriores, bien por medio de una desprogramación coercitiva o una hospitalización involuntaria. Pero varios estudios eruditos recientes (por ej., James A. Beckford, *Controversias de cultos: la respuesta de la sociedad a los nuevos movimientos religiosos*, Londres: Tavistock Publications, 1985; Stuart A. Wright, *Dejando a los cultos: la dinámica de la defección*, Washington D.C.: *La sociedad para el estudio científico de la religión*, 1987) han demostrado claramente que existen dos tipos muy diferentes de apostasía, los cuales, a su vez, pueden ser correlacionados con dos evaluaciones apóstatas muy diferentes sobre los nuevos movimientos religiosos.

Sólo una pequeña minoría de las defecciones de los nuevos movimientos religiosos son resultado de una apostasía coaccionada. Los esfuerzos por “rescatar” forzosamente a determinado individuo de un nuevo movimiento religiosos siempre son iniciados por personas ajenas. Los parientes que se oponen a que un individuo participe en una religión se enfrentan a un doble problema: por qué la persona se unió y cómo se le puede separar de esa religión. La primera pregunta se contesta típicamente con una explicación de “lavado de cerebro”, la cual, a su vez, justifica una solución de “desprogramación” al segundo problema. La situación del lavado de cerebro “explica” cómo un converso a una nueva religión llega a adoptar y defender lo que a la persona ajena le parecen creencias y prácticas tan absurdas. Al individuo en cuestión se le considera víctima de varias técnicas psicológicas y sociológicas de control de la mente. Dada esa circunstancia, el único medio de rescatar a esa persona es alguna forma dramática de intervención que liberará al individuo de tal esclavitud. El recurso al secuestro y la desprogramación o custodia legal y hospitalización se justifican como medios necesarios para salvar de sí mismos a los creyentes mal aconsejados y manipulados de las nuevas religiones. En una forma u otra, las alegaciones de lavados de cerebro y justificaciones de desprogramación constituyen las bases para todas esas “operaciones de rescate”.

Tales apóstatas coaccionados han ayudado a promover la controversia que rodea a los nuevos movimientos religiosos debido a su alta visibilidad en las revelaciones a los medios de comunicación y los procesos legales contra sus antiguos asociados religiosos. Su disponibilidad como “sobrevivientes de cultos” son un tema de reportaje muy atractivo para los medios de comunicación, ya que es a menudo la única información sobre los nuevos movimientos religiosos de que dispone el público en general. En esta etapa del proceso, la conexión lógica entre los lavados de cerebro y la desprogramación funciona a la inversa. El mero hecho de que el proceso de desprogramación “funciona” es considerado como prueba por las personas ajenas preocupadas, al igual que algunos ex miembros, de que lo del lavado de cerebros es verdad. El cambio abrupto y radical en sus creencias y comportamiento ocasionado por la desprogramación es considerado como prueba fehaciente de que el individuo rescatado de hecho era víctima y hasta prisionero de una religión malévola. Es más, el hecho de que “recuperaran a su ser querido” motiva a los parientes a ayudar a otros a que “recuperen a sus hijos” dando a conocer su relato públicamente y apoyando a las organizaciones anticulto que los apoyaron a ellos. De esta forma, un pequeño porcentaje de apóstatas y sus “rescatadores” han formado (o, propiamente dicho, deformado) la percepción del público sobre todos los desertores de los nuevos movimientos religiosos.

Contrario a la opinión pública, la mayoría abrumadora de las defecciones de los nuevos movimientos religiosos son cuestión de apostasía voluntaria. Es más, la clara mayoría de los que se salen por su propia voluntad hablan positivamente acerca de ciertos aspectos de su pasada experiencia. Si bien no dudan en reconocer las formas en las cuales un determinado movimiento religioso fracasó en satisfacer sus expectativas y necesidades espirituales personales, muchos desertores voluntarios han buscado formas de quedarse con algunos valores de sus asociaciones y actividades religiosas anteriores.

Pero hay algunos apóstatas voluntarios de los nuevos movimientos religiosos que los abandonan muy amargados, criticando fuertemente a sus anteriores asociaciones y actividades religiosas. La dinámica de su separación de un grupo religioso, al cual querían antes, es análoga a una amarga separación matrimonial y divorcio. Tanto el matrimonio como la religión requieren un grado significativo de compromiso. Entre mayor la participación, más traumática es la separación. Entre más largo el compromiso, más apremiante es la necesidad de culpar a otros por la relación fracasada. Los miembros que han participado activamente y a largo plazo en nuevos movimientos religiosos y que finalmente se desilusionan de su religión, a menudo le

echan toda la culpa a sus asociaciones y actividades religiosas anteriores. Exageran pequeñas fallas y las consideran males enormes. Transforman su desilusión personal en traición maliciosa. Incluso llegan a decir mentiras increíbles para hacerle daño a su vieja religión. No es de sorprender que estos apóstatas a menudo invocan, después del hecho, las mismas situaciones de lavado de cerebros que a menudo son invocadas para justificar la separación forzosa de los nuevos movimientos religiosos.

IV. II. TÁCTICAS DE REINGRESO

El separarse de viejas asociaciones y actividades religiosas es apenas la mitad del proceso de renunciar a la fe de uno en un nuevo movimiento religioso. El apóstata, ya sea voluntario o coaccionado, se enfrenta a las tareas aún más formidables de regresar a la cultura dominante y de redefinir una nueva identidad y punto de vista sobre el mundo. El reingreso muy pocas veces significa simplemente regresar al estilo de vida y punto de vista sobre el mundo que uno tenía antes de unirse a un nuevo movimiento religioso. El hijo o hija “pródigo(a)” regresa como una persona diferente, trayendo consigo un conjunto total de experiencias que deben explicarse e integrarse de alguna forma a una nueva situación psicológica y social. Esta transición a menudo es influida por sistemas de familia, redes sociales, grupos religiosos, instituciones educativas y organizaciones anticulto. No es de sorprender que la influencia de estos grupos tenga un impacto profundo sobre la interpretación que el apóstata le da a sus actividades y asociaciones religiosas anteriores.

Sin importar la forma en que se retiran, los apóstatas deben tomar en cuenta su conversión inicial y su separación subsecuente de un movimiento religioso no tradicional. A menudo reciben la autojustificación que buscan de las organizaciones anticulto o de grupos religiosos fundamentalistas, los cuales proveen la explicación del lavado de cerebro para interpretar la súbita adherencia, e igualmente súbito abandono de un nuevo movimiento religioso. La información suministrada por estos grupos es casi siempre muy negativa y altamente parcial en contra de la organización que dejaron atrás. Más precisamente, estos grupos les proporcionan una lengua franca para contar sus relatos de seducción y liberación. Numerosos científicos sociales han señalado que estas biografías de “supervivencia de cultos” son relatos altamente estilizados que ponen de manifiesto la influencia de escenarios tomados en préstamo de cautiverio y liberación; cada relato es un cuento ensayado de aislamiento social, manipulación emocional, privación física, explotación económica y control hipnótico. Estos “cuentos de atrocidades” sirven tanto para perdonar al individuo apóstata, como para acusar a la nueva religión de creencias irracionales y comportamiento inmoral. También alimentan y forman las percepciones del público sobre las nuevas religiones como amenazas peligrosas a la libertad religiosa y al orden civil. Dada esta prensa negativa, hasta aquellos apóstatas que no caen bajo la influencia directa de las organizaciones anticulto o grupos religiosos fundamentalistas a menudo se ven influidos por sus descripciones negativas de la religión que dejaron atrás.

V. CONCLUSIONES

El análisis anterior muestra claramente que si bien hay cierta incidencia de apostasía en los nuevos movimientos religiosos, la mayoría abrumadora de personas que se separan de estas religiones no conformistas no guardan rencor duradero hacia sus pasadas asociaciones y actividades religiosas. Si bien reconocen abiertamente las formas en las cuales sus necesidades y esperanzas religiosas no fueron satisfechas, lograron obtener algún significado y valor positivo de sus experiencias pasadas. Por contraste, existe un número mucho más pequeño de apóstatas, quienes están muy comprometidos a desacreditar e incluso destruir a las comunidades

religiosas a las cuales le brindaron su lealtad en un entonces. En la mayoría de los casos, estos apóstatas fueron separados forzosamente de su comunidad religiosa por medio de la intervención de miembros de su familia o grupos anticulto, y cayeron bajo la influencia de grupos y literatura anticulto poco después de su defección voluntaria de un nuevo grupo religioso.

No se puede negar que estos oponentes dedicados e intransigentes de las nuevas religiones presentan una visión tergiversada de las nuevas religiones al público, la comunidad académica, y los tribunales en virtud de su pronta disponibilidad y entusiasmo por testificar en contra de sus asociaciones y actividades religiosas anteriores. Tales apóstatas siempre representan el papel en un escenario que los justifica al transferir la responsabilidad por sus acciones al grupo religioso. De hecho, los diversos escenarios de lavado de cerebro, invocados tan a menudo contra los nuevos movimientos religiosos, han sido repudiados de forma abrumadora por los científicos sociales y eruditos de la religión como nada menos que un esfuerzo calculado por desacreditar las creencias y prácticas de las religiones no convencionales ante las agencias gubernamentales y la opinión pública. Tales apóstatas no pueden ser considerados ni mucho menos como informantes confiables por periodistas, eruditos o juristas responsables. Incluso, los relatos de desertores voluntarios que no guardan rencor deben ser utilizados con cuidado, puesto que interpretan su pasada experiencia religiosa dentro del marco de sus esfuerzos actuales por restaurar su propia identidad y amor propio. En cuentas resumidas, todo indica que los apóstatas de las nuevas religiones no satisfacen las normas de objetividad personal, competencia profesional y comprensión informada requeridas por testigos expertos.

Lonnie D. Kliever
Dallas, Texas
24 de enero de 1995

